

do cuarenta ramilletes á vuestro hermano como á vos.

— Cuarenta y uno.

— No quiero contrariaros por uno más ó menos.

— ¿ Vendréis ?

— ¿ Al baile de vuestro hermano ?

— En fin, ¿ vendréis ?

— ¿ Sabéis que es serio lo que me pedís ?

— ¡ Oh ! todavía una de vuestras ideas.

— ¡ Vuestro hermano, que me llama el Viejo de la Montaña, porque estoy en el centro izquierdo y voto contra los jesuitas ! ¿ Por qué no me llama regicida también ? ¿ Qué hacia él, pues, mientras yo torneaba trompos y peones, y aparejaba bricks en Strand ? Hacia lo que el bribón de mi hermano, servía á Mr. Bonaparte ; sólo que el pirata de mi hermano le servía por mar y el vuestro en tierra. ¡ Oh ! ¡ oh ! os pregunto aún, marquesa, si es seria vuestra invitación.

— Sin duda.

— La Llanura invita á la Montaña.

— La Llanura hace como Mahoma, general. La Montaña no quería ir hacia Mahoma...

— Sí, y Mahoma fué hacia la Montaña ; sé eso ; pero Mahoma era un ambicioso que ha hecho una multitud de cosas que no las hubiera hecho un hombre honrado.

— ¿ Cómo, mi querido general, no estaréis allí el día en que se anuncia el matrimonio de mi sobrina Regina con nuestro querido ?...

— Con vuestro querido hijo, marquesa. Así que, ¿ ese es el ramo de olivo que me traéis ?

— Enlazado con un ramo de mirto, sí, general.

— Pero en verdad, marquesa, ¿ no es un poco aventurado el matrimonio que ahí arregláis ? porque no diréis que no sois vos quien lo arregla.

— ¡ Aventurado ! ¿ en qué ?

— Vuestra sobrina tiene diez y siete años.

— ¿ Qué más ?

— Que es muy joven para casarse con un hombre de cuarenta y uno.

— De cuarenta.

— De cuarenta y uno, sin contar, querida marquesa, que hacia 1808 ó 1809, han corrido ciertos rumores sobre el conde de Rappt y la señora princesa de Lamothe-Houdon.

— Silencio, general, gentes de nuestra clase no dicen unas de otras esas infamias.

— No, se limitan á pensarlas ; pero como yo pienso en voz alta con vos, marquesa, no creí que debia dar dos vueltas á la lengua en la boca antes de hablar. Ahora, dejadme deciros una cosa.

— ¿Cuál ?

— Que nunca creeré que os hayáis tomado la molestia de venir desde la calle Plumet á la de Varennes, con la única esperanza de reclutar para vuestro baile un bailarín de mi calaña.

— ¿ Por qué, general ?

— Veamos, marquesa, se dice que el pensamiento de las mujeres se encuentra siempre en la postdata de sus cartas.

— ¡ Y queréis conocer la postdata de mi visita ?

— Es mi mayor deseo.

— Comprendo ; queréis hacerme conocer que os parece larga, y reprocharme políticamente el habéroslo hecho.

— Seria ese el primer reproche que os hubiera hecho en mi vida, marquesa.

— Cuidado : vais á hacer que me envanezca.

— Seria el único defecto que os conociese, señora.

— ¡ Oh ! general, hé ahí una galantería que viene en línea recta de la corte de Luis XV.

— Vendrá de donde queráis, con tal que sepa de dónde viene vuestra invitación.

— Vamos, veo que sois aún más incrédulo de lo que se dice.

— Escuchad, querida marquesa, es la tercera vez que tengo el honor de veros de diez y ocho meses á esta parte. La primera vez que vinisteis era para hacerme una confianza que me hubiera conmovido si hubiera podido creerla, y es que el conde de Rappt, nacido justamente doce meses después de la muerte de ese pobre marqués de la Tournelle, habia nacido nueve meses justos después de haberos enviado el primer ramillete.

— Nueve ó diez meses antes, mi querido general.

— Nueve ó diez meses después, mi querida marquesa.

— Convenid que tenéis empeño en rejuvenecer nuestra unión.

— Convenid en que tenéis persistencia en envejecerla.

— Muy natural en una madre.

— Entonces, ¿querida amiga, ¿ por qué mil diablos habéis aguardado tanto tiempo para anunciarme la felicidad suprema que me concedía la Providencia, concediéndome un heredero en el momento en que menos lo aguardaba ?

— General, hay confesiones que siempre cuestan mucho á una mujer.

— Y que sin embargo, concluyen por escapársele, cuando el hombre á quien habia vacilado treinta y siete ó treinta y ocho años en hacerlas, se encuentra de repente y por una circunstancia imprevista como la del voto de un millar de millones de indemnidad y tener un millón y doscientos mil francos que tomar por su parte.

— Convendréis, mi querido general, en que habia cierta delicadeza en no decir que teniais un hijo, cuando la falta de fortuna debia causaros el disgusto de no poder dejar á ese hijo más que vuestro nombre, muy honroso, muy ilustre, pero muy pobre.

— Marquesa, si venis como hace diez y ocho meses, como hace doce, como hace seis, para persuadirme que nuestra relación data de 1786, cuando estoy seguro de que no principiò hasta 1787, os diré, marquesa, que me he suscrito ayer al arte de comprobar las fechas, que he pasado la noche última en comprobar la del primer ramillete que os he enviado, y que...

— ¿ Y qué ?

— Que mi hermano el corsario, ó mi sobrino el pintor, por más indignos que sean de llevar mi nombre y heredar mi fortuna, serán los que la hereden, y llevarán mi nombre. ¿ Os basta esto, marquesa ?

— No, general, porque no venia para eso.

— Entonces, ¿ por qué mil diablos venis ? exclamó el general manifestando el primer movimiento de impaciencia que dejaba escapar, ¿ es para que me case con vos ?

— Confesad aquí, para entre nosotros, que me habéis amado lo bastante para que una proposición semejante tenga nada que pueda sorprenderos.

— Lo confieso aquí, para entre nosotros, marquesa ; pero aquí, para entre nosotros solamente ; entonces, era para eso para lo que veniais ; ¿ por qué no lo deciais al instante ?

— ¿ Qué me hubiérais respondido ?

— Que no tenia ninguna repugnancia á morir solterón, mientras que tendria una vergüenza profunda en morir pareciendo un necio.

— Consolaos, general, no vengo por eso.

— Entonces, ¿ con mil millones de rayos !... ¡ Ah! perdonad, marquesa; pero es que en verdad, hariais perder el paraíso á un santo que hubiera puesto ya el pie en el umbral de la puerta.

Y el general, que se habia levantado al dejar escapar su juramento, se puso á pasearse en toda la extensión de la habitación.

— Vamos, dijo la vieja señora, veo que es preciso abordar la cuestión.

— Abordémosla, marquesa; abordémosla, os lo suplico.

— ¡ Bueno ! Habláis ya como vuestro hermano el corsario.

— Entonces, ¿ vamos á hablar de mi hermano el corsario, marquesa ?

— No.

— Pero ¿ de qué vamos á hablar entonces ?

— Sin duda habéis oído decir, que el conde Rappt...

— ¿ Volvemos á él ?

— Déjadme concluir; habia sido mandado á llamar por el rey.

— Sí, marquesa, he oído decir eso.

— ¿ No ignoráis con qué objeto ?

— Haced como si lo ignorase, marquesa.

— Era con el objeto de llamar á nuestro querido hijo...

— ¡ Vuestro querido hijo !

— Al ministerio.

— Estoy estupefacto, pero lo creo.

— ¿ Por qué lo creéis, si estáis estupefacto ?

— *Credo quia absurdum*.

— Lo que quiere decir...

— Que espero la continuación de vuestro discurso, marquesa.

— Pues bien, en esa entrevista entre Sr. M. y el conde Rappt, se ha tratado mucho de vos.

— ¿ De mí !

— Sí, porque preciso es deciroslo, mi querido general, si la voz de la sangre es muda en vos, habla en el corazón del pobre niño.

— Marquesa, vais á conmovirme.

— Hace más que hablar, grita.

— ¿ Y qué se ha dicho de mí en esa entrevista.

— Que erais el único hombre capaz de suceder al actual ministro de la Guerra.

— Mirad, marquesa, preciso es concluir, porque espero á mi sobrino á comer á las seis en punto, y á no ser que nos hicierais el honor de comer con nosotros...

— Sois muy bueno, mi querido general, pero debo comer absolutamente en casa de mi hermano, hoy que se arregian los artículos del contrato de matrimonio entre Regina...

— Sí, y vuestro querido conde Rappt. Pues bien, como no quiero retrasaros, llevo al cabo en dos palabras al ultimátum. Si la ley se aprueba, Mr. Rappt es ministro, y para que la ley pase y se apruebe, os faltan treinta ó cuarenta votos, y venis á pedirme el mío y el de mis amigos, ¿ no es verdad, marquesa ?

— Pues bien, dijo mimosamente la marquesa, si en efecto fuera ese el objeto, el fin último y verdadero de mi visita, ¿ qué diriais ?

— Diría, que siento no tener cien votos, quinientos, mil, á fin de darlos todos contra esa ley que miro como abominable, infame, y lo que es mucho peor, absurda.

— Mirad, general, dijo la marquesa arrebatándose á su vez, moriréis en la impenitencia final, os lo digo yo.

— Yo os respondo de ello.

— Sí, y todo para hacer una jugarreta á un hombre que detestáis, mientras que por el contrario deberíais...

— ¡ Marquesa! vais á incomodarme, os lo prevengo.

— ¡ Votáis con los liberales! Sabéis que si aconteciese una revolución, los arrabaleros, los jacobinos y los descamisados, os harían desempeñar el papel de Lafayette. Mirad, ya tenéis los cabellos blancos. ¡ Oh! en verdad que desearía saber lo que dirían los Courtenay, si volviesen al mundo, al ver que llevaban su nombre un corsario, un jacobino y un artista.

— ¡ Marquesa! exclamó el general furioso.

— Os dejo, general, os dejo; pero la noche es buena consejera, y espero que mañana habréis cambiado de opinión.

— ¡ Cambiado de opinión! ni mañana, ni pasado mañana, ni en ocho días, ni en cien años. Por lo tanto, marquesa, es inútil que volváis antes de esa época.

— Me arrojáis, general, arrojáis á la madre de vuestro...

— Monsir Petrous Herpel, anunció Frantz abriendo la puerta.

En aquel momento sonaron en la péndola las seis.

CAPÍTULO VI.

CONVERSACIÓN ENTRE UN TÍO Y UN SOBRINO.

Apareció Petrus en la penumbra del corredor.

— Ven acá, dijo el general, ¡ ah! llegas á tiempo, ¡ pardiez!

— Me parece, sin embargo, que no teníais necesidad de refuerzo, general, dijo la marquesa; si hubiérais llegado cinco minutos antes, Mr. Petrus, os hubiera dado vuestro tío una bonita lección de galantería.

Y la marquesa acompañó estas palabras con un saludo, que indicaba cierta familiaridad respecto al joven.

— Calla, ¿ conocéis á mi sobrino, marquesa? preguntó el general.

— Sí, el ruido de sus triunfos ha llegado hasta nosotros, y mi sobrina Regina ha querido tener un retrato de su mano. Debéis estar orgulloso, general, añadió la vieja señora con tono medio desdeñoso, medio burlón, de tener en vuestra familia un artista de semejante talento.

— Y lo estoy en efecto, porque mi sobrino es uno de los jóvenes más honrados que conozco.

— Tengo el honor de saludaros, marquesa.

— Adiós, general, pensad en el objeto de mi visita, y separémonos como buenos amigos.

— Quiero que nos separemos, marquesa; pero como buenos amigos, eso es otra cosa.

— ¡ Oh! gendarme habia de ser, gruñó la marquesa retirándose.

Apenas hubo salido del salón, apenas la puerta se cerró detrás de ella, cuando sin responder á su sobrino, que le preguntaba por su salud, se precipitó el general sobre el cordón de la campanilla y lo sacudió con furor.

Presentóse Frantz.

Ya no tenía su cruz ni sus galones; tan severo observador era de todo mando militar.

— ¿ Hapéis llamado, mi cheneral? dijo.

— Sí, he llamado. Ponte á la ventana, galopin.

Dirigióse Frantz hacia el lugar indicado.

- Ya estoy aquí, dijo.
- Ábrela pues, imbécil.
- Frantz abrió la ventana.
- Mira á la calle.
- Inclinóse Frantz hacia adelante.
- Ya miro, mi cheneral.
- ¿Qué ves?
- Nada, mi cheneral, la noche está obscura como poca de lopo.
- Continúa mirando.
- ¡Ah! veo un carruaje, mi cheneral.
- ¿Y después?
- Y desbués una tama que entra en él; la tama que sale te aquí.
- Conoces esa dama, ¿no es verdad?
- Por desgracia mía, mi cheneral.
- Frantz aludió á su degradación.
- Pues bien, Frantz, cuando venga á verme, la dirás que estoy en el Campo de Marte.
- Sí, mi cheneral.
- Está bien, cierra la ventana y vete.
- ¿No tiene otra cosa que mandarme mi cheneral?
- Si tal, ¡pardiez! tengo que mandarte que vayas á dar una corrida de baquetas al cocinero.
- Voy, mi cheneral.
- Y Frantz se encaminó hacia la puerta.
- Pero deteniéndose en el momento de salir:
- Y si me pregunta por qué es la corrita de paquetas, ¿qué le diré?
- Le dirás, que porque son las seis y cinco minutos y no está la comida sobre la mesa.

- No ser la falta de Juan si la comita no estar sobre la mesa, mi cheneral.
- Entonces, será tuya; ve á decirle que te la dé él á ti.
- Tampoco ser mía la culpa.
- ¿Pues de quién entonces?
- Del cochero de la señora marquesa.
- ¡Bueno! no faltaba más que eso para reconciliarme con ella.
- He entrado en la cocina, y como llevaba debajo del prazo el perro de la marquesa, que sentía el almizcle, el olor del almizcle ha hecho folcar las salsas.
- ¿Oyes, Petrus? dijo el general volviéndose con aire trágico hacia su sobrino.
- Sí, tío mio.
- Nunca olvides que la marquesa ha hecho comer á tu tío á las seis y cuarto. Idos, Mr. Frantz, y no volváis á poner os vuestros galones y vuestra cruz hasta de aquí á tres meses.
- Salió Frantz de la habitación en un estado próximo á la desesperación.
- ¿La visita de la marquesa, á lo que parece, os ha hecho experimentar alguna contrariedad, tío?
- ¿Creía que la conocías?
- Un poco.
- Pues bien, debes saber, que por donde quiera que pasa la vieja devota, es lo mismo que si hubiera pasado el mismo diablo del infierno.
- Perdonad, tío mio, dijo Petrus riendo, pero se os acusa por el mundo de haber tenido mucha devoción á esa devota.
- ¡Tengo tantos enemigos! pero hablemos de otra cosa,

¡pardiez! ¿Has recibido noticias del pirata de tu padre?

— Hace tres días, poco más ó menos, tío.

— ¿Y cómo le va al viejo corsario?

— Muy bien, tío, me encarga que os abrace.

— Para estrangularme, como un viejo jacobino que es.

¡Ah! ¡ah! dime, ¿te has ataviado de ese modo por tu tío?

— Un poco por vos, y mucho por Lady Grey.

— ¿Sales de su casa?

— He ido á darle gracias.

— ¿De qué? ¿de que su hermano el almirante siempre que me encuentra me felicita por las proezas marítimas del malvado de tu padre?

— No, tío, por la intención que ha tenido de hacerme vender mi Coriolano.

— Yo lo creía vendido.

— Sólo en mí ha consistido el que en efecto no lo estuviese.

— ¿Pues?

— He rehusado.

— ¿No te conviene el precio?

— Se me daba el doble de lo que vale.

— Entonces, ¿por qué has rehusado?

— Porque no me convenia el comprador.

— ¿Te permites, pues, tener preferencias entre dinero y dinero?

— Sí, tío, en atención á que me parece que nada se asemeja menos que el dinero y el dinero.

— ¡Ah! ya, ¡qué galopin eres! después de haber arruinado á tu padre (lo que no es una gran desgracia, porque lo mal adquirido jamás aprovecha), ¿tendrás acaso la pretensión de despojarme á mi vez?

— No, tío, estad tranquilo, dijo riendo Petrus.

— ¿Y quién era ese comprador que no os convenia, señor Difícil?

— El ministro del Interior, tío.

— ¿El ministro del Interior ha querido comprar tu cuadro? ¿pero es inteligente en pintura?

— Os he dicho que era por recomendación de Lady Grey.

— Es verdad; ¿y has rehusado?

— Sí, he rehusado, tío.

— ¿Y puede saberse la razón de esa negativa?

— Vuestra oposición, tío.

— ¿Y qué tiene que ver mi oposición con tus cuadros?

— Me ha parecido, que esa compra de un cuadro hecha al sobrino, era una lisonja hecha al tío; tenemos en la Cámara gentes incorruptibles por sí, y que tienen cien mil francos de sueldos en su familia.

El general reflexionó durante un instante, y una sonrisa de satisfacción iluminó su semblante.

— Escucha, Petrus, dijo con el tono más paternal, no quiero imponerte mis opiniones, hijo mío, y por más que sea enemigo encarnizado de todo el ministerio en general, y del ministro del Interior en particular, no quiero que te prives por mi causa de los auxilios que el gobierno cree debe dar á los hombres de mérito.

No participo yo de la necia opinión de los que creen que un artista no debe aceptar, ni un trabajo, ni una cruz, porque el ministerio no represente su opinión; porque en todo caso, como el ministerio representa al país, es del país de quien se recibe y no del ministro. Es el ministro quien toma los cuadros, es verdad, pero es la Francia la que los paga.

— Pues bien, tío, nada quiero recibir de la Francia, que está demasiado pobre.

— Di demasiado económica.

— Y además, ¿qué se hace de todos esos desgraciados lienzos, adquiridos por las dos ó tres generaciones de directores de bellas artes, que hemos visto florecer? nada se sabe. Á menos que los cuadros no estén firmados con un gran nombre, se les entierra en los museos de las sub-prefecturas, en las capitales de cantón; tal vez llega el caso de que se les raspe la pintura, y se vuelvan á vender los marcos y los lienzos. Hablando seriamente, tío, no he hecho un cuadro para que vaya á mueblar un refectorio de un convento ó una escuela mutua.

— Si todos los pintores fuesen como tú, mi querido amigo, quisiera yo saber ¿qué sería de las galerías de provincia?

— Se harían estufas, mi querido tío, con naranjos, granados, bananeros, palmeras, etc., lo que bien valdria, os lo juro, tanto como los paisajes de algunos pintores que yo conozco. Por otra parte, no soy yo el único que obra así, y no he hecho más que seguir el ejemplo que otro más ilustre que yo acababa de darme.

— Veamos el ejemplo, eso tal vez me hará aguardar con más paciencia la sopa; en primer lugar, ¿quién es ese más ilustre que tú?

— Abel Hardy...

— ¿El hijo del convencional?

— Justamente.

— ¿Qué ha hecho?

— Se ha negado á recibir una cruz, y hacer cuatro fresecos en la Magdalena.

— ¿De veras?

— Sí, tío.

— ¿Qué edad tienes, Petrus?

— Veintiseis años, tío.

— Pues bien, hijo mío, te encuentro joven para tu edad. Esto felizmente no es una desgracia irreparable, puesto que siempre se envejece demasiado pronto.

— ¿Qué queréis decir?

— Que harías bien, mi querido Petrus, en estar sobre ti contra las apreciaciones irreflexivas que haces ó que aceptas cuando las ves hechas, respecto á los hombres y las cosas. Cuando te sucede el preocuparte de alguno, y esto, á Dios gracias, te sucede con bastante frecuencia, ves en él, pobre ingenuo, todo el candor que tú tienes. Así, por ejemplo, en este momento, tu amistad con Abel Hardy acaba de hacerte decir una de esas tonterías, de que me hubiese ruborizado por ti, si hubiésemos tenido un testigo, aun cuando hubiera sido Frantz, mi asistente, ó Croupette, ese perro de la marquesa que hace volcar las salsas de mi cocinero porque olfatea almizete.

— No os comprendo, tío.

— ¿No me comprendes? sabe por lo pronto, querido amigo, que no se rehusa una cruz, en atención á que no se da más que cuando se la pide: cuando la quieras, haz que la pida para ti la querida del director de Bellas Artes, ó el sacristán de Saint-Acheul, y la tendrás.

— Dudáis de todo, tío.

— Amigo mío, no se han visto, comprendes, no se han visto la Revolución, el Directorio, el Consulado, el Consulado vitalicio, el Imperio, la Restauración, los Cien Días y Waterloo, sin tener el derecho de dudar de muchas cosas y hasta de los gobiernos; á mi edad, como habrás visto probablemente tantos gobiernos como yo, serás tan escéptico como yo.

— Bueno, en cuanto la cruz ; ¿ pero los frescos, tío ? he visto la orden.

— Volvamos pues, á los cuatro frescos ; ¿ tu amigo los ha rechazado ?

— Los ha rechazado.

— ¿ Por qué ? Una razón tendrá para su negativa.

— Sin duda ; porque nada quiere hacer para un gobierno que impide á Mr. Horacio Vernet, nuestro pintor nacional, el exponer sus batallas de Montmirail, de Hanau, de Jemmapes y de Valmy.

— Mi querido Petrus, tu amigo Abel Hardy no ha querido hacer los frescos de la Magdalena, porque el emperador de Rusia, cuyo gobierno convendrías en que no es mucho más liberal que el nuestro, le ha encargado un cuadro de la Retirada de Rusia, y que le paga ese cuadro en 50.000 francos, mientras que el gobierno no pagaba más que 10.000 francos por los frescos de la Magdalena. Veamos, querido amigo, convengamos en que no es cuestión de patriotismo, sino de libras.

— ¡ Oh ! tío, conozco á Abel, y respondería de él con mi vida.

— Por más que seas el hijo de tu padre, es decir, de un infame pirata, tu vida es demasiado preciosa, mi querido Petrus, para que yo te permita exponerla tan ligeramente.

— Tenéis un corazón seco, tío, ya no creéis en nada.

— Te equivocas, creo en tu afecto y tu afecto es tanto más desinteresado, cuanto que no te he dado ni te daré mientras viva, nada más que mi mesa, cuando quieras aprovecharte de ella ; aun el de hoy, me parece muy problemático : hay más, creo en tu porvenir, como no malgastes tu tiempo, tu talento y tu vida. Eres pintor, expones tus cuadros hace tres años, has obtenido la medalla de oro el

año último, y no llevas ni sombrero puntiagudo, ni justillo de la edad media, ni pantalón bien hecho, te vistes como todo el mundo, en fin, de modo que no te ves obligado, cuando sales, á correr con toda la ligereza de tus piernas, para no ser seguido como una máscara por todos los pilluelos del cuartel, y eso ya es algo ; pues bien, si con las disposiciones que tienes, hijo mío, quieres no desdeñar los consejos de un viejo que ha visto mucho...

— Os amo como un segundo padre, y veo en vos mi mejor amigo.

— Tu más viejo amigo al menos, y con este título te ruego que me escuches, puesto que nada mejor tenemos que hacer.

— Os escucho, tío.

— Conozco todas tus relaciones sin aparentarlo, mi querido Petrus ; conozco á tu amigo Juan Robert, conozco á tu amigo Ludovico, conozco á tu amigo... conozco, en fin, á todos tus amigos.

— ¿ Tenéis algo que decir contra ellos ?

— Yo, nada absolutamente ; ¿ pero por qué te unes con poetas y estudiantes de medicina y cirugía ?

— Porque soy pintor, tío.

— Entonces, si quieres absolutamente ver poetas, hazte presentar en casa del señor conde de Marcellus.

— Pero, tío, si no ha hecho más que una oda al ajo.

— Es par de Francia. Ó si no, en casa de Mr. Brifaut.

— No ha hecho más que una tragedia.

— Es de la Academia. Té unes demasiado con los jóvenes, querido.

— ¿ Y sois vos, tío, vos, el admirador de la juventud, joven vos mismo, que por fatuidad lleváis una peluca de

blancos cabellos; sois vos quien podéis dirigirme semejante reproche?

— Semejantes relaciones no aprovechan, Petrus; no sirven, ni para la fortuna, ni para la gloria.

— ¿Qué importa, si sirven para la felicidad?

— Sí, y tú llamas felicidad fumar en un taller, acurrado á la manera de los turcos, malos cigarros de contrabando, refiriendo la historia de Mr. Mayeux, ó beber medias tazas de café en los cafés, haciendo teorías sobre el arte. Cuando se tiene el honor de ser hijo de un pirata, hombre honrado, que no tiene con qué manteneros, es preciso sostener el honor de su nombre, ¡qué diablo! La piratería obliga y nosotros descendemos de los emperadores de Constantinopla. Mi querido Petrus, cree á un hombre que ha conocido á Richelieu viejo, y á Lauraguais joven; las mujeres son las que hacen nuestra reputación en la sociedad, y por consiguiente nuestra fortuna. Es preciso ver mucho todo lo que puedas, y lo más íntimamente que puedas. Una mujer bien colocada, que se preocupa de nosotros; y nos elogia en su tertulia, es la felicidad en carne y hueso, hijo mío. No te unas, pues, tan fácilmente; piensa, siempre que adquieres una relación nueva, en las ventajas que de ella puedes sacar; eso es lo que se llama conocimiento del mundo, experiencia de la vida. Aprovechate de mi experiencia y de mi conocimiento del mundo; introdúctete en todos los ministerios, proporciónate inteligencias en todas las embajadas, y reserva el hacer la oposición para cuando tengas cincuenta años, y sesenta mil libras de renta. Ve, visita en tus momentos perdidos algunas mujeres de banqueros, una ó dos mujeres de notario, pero no más. Haz algunos retratos al pastel, de viudas de calidad, esto te colocará en buen lugar; si no

conoces viudas de esa clase, invéntalas. En un rincón de su gabinete es donde las mujeres hacen y deshacen las reputaciones; visita las mujeres, hijo mío, visita las mujeres; ellas son las que forman la opinión, y al fin y al cabo, la opinión es la reina del mundo.

— Pero, tío, es una sociedad insociable la que me proponéis.

— La sociedad, hijo mío, es un bosque, donde todos se pasean armados con sus armas: el arma de éste es su talento, la de aquél su fortuna; desgraciado de aquel que se fia en lo mal montada que está la policía y no toma sus medidas de precaución en consecuencia. El juego de la vida, mi querido Petrus, es como el de los cientos; algunos juegan honradamente, y se arruinan; otros ven el descarte, y se enriquecen.

— Hay sin embargo, mi querido tío, hombres que se enriquecen sin entregarse á esa especie de combinaciones.

— Es preciso suplir á la suerte, que á veces se equivoca, y que entra en casa de un hombre honrado, creyendo entrar en la de un bribón. Hay puertas que se asemejan.

— Si la sociedad es tal como decís, tío, más vale dejarlo todo ó irse á plantar coles y zanahorias.

— Eso es: y vivir con la esperanza de comerlas, ¿no es verdad? Pues bien, aun esa ilusión se te marchará; crearás comerlas tiernas, y estarán duras.

— ¡Oh! ¡cuánto habéis debido sufrir para llegar á ese grado, mi querido tío! dijo Petrus.

— No, sólo que me muero de hambre, dijo el general.

— Monsir el cheneral estar servito, dijo Frantz abriendo la puerta con un semblante todó lo alegre que puede tenerlo un cabo austriaco que no lleva galones ni cruz.

— Vamos, ven, dijo el general cogiendo el brazo de

su sobrino, volveremos á nuestra conversación durante la comida, y tal vez entonces veré el mundo desde otro punto de vista.

— ¡Pardiez! comprendo que haya hombres que hagan revoluciones so pretexto de que tienen hambre!...

CAPÍTULO VII.

DONDE EL TÍO Y EL SOBRINO CONTINUÁN EN EL COMEDOR LA CONVERSACIÓN DEL SALÓN.

El general y su sobrino entraron del brazo en el comedor.

El general pesaba sobre el brazo de Petrus con todo el peso de un hombre que ya no se sostiene.

Sentóse en su sillón, en su sitio habitual, é hizo seña á su sobrino de que se sentase enfrente de él.

Comenzó el general por engullir silenciosamente dos grandes platos de un puré de cangrejos, que bastaba para probar que el cocinero era un grande artista.

En seguida se sirvió un vaso de vino de Madera, que bebió lentamente, sirvióse otro segundo vaso, y pasó la botella á su sobrino, invitándole á que hiciese otro tanto.

Sirvióse Petrus un vaso de Madera, y lo bebió con una indiferencia que disgustó visiblemente á su tío, que por costumbre prestaba la más grave y religiosa atención á las cosas de la mesa.

— Frantz, dijo el general, dad á Mr. Petrus una botella de Marsella, no la diferenciará del verdadero Madera. Este era su modo de degradar á Petrus de su dignidad

de bebedor, como había desgradado á Frantz de su grado de cabo.

Petrus aceptó la catástrofe con una resignación profunda.

El general pasó casi de la cólera al desprecio.

Sin embargo, intentó otra segunda prueba.

Acababan de traerle una botella de Haut-Laffitte, tibio y en punto. Se sirvió un vaso de él como había hecho con el Madera; lo bebió como hombre que aprecia las cualidades supremas de lo que bebe, hizo chasquear su lengua, y dijo á su sobrino:

— Alarga tu vaso.

Petrus, preocupado, alargó su vaso de vino ordinario.

— El otro, dijo el general, ¡el vaso muselina, desgraciado!

Petrus alargó el vaso muselina, que por la finura de su forma, por la transparencia de su cristal, merecía su nombre dos veces más bien que una.

En seguida, después de lleno el vaso, lo volvió á poner delante de sí.

— Pero bebe en seguida, dijo el general.

Petrus de ningún modo pensó que aquella recomendación de su tío fuese para impedir que el vino se enfriase ni se evaporase, y sólo pensó que su tío se inquietaba, porque le había visto comer de uno ó dos platos sin beber.

Rebajaba una recomendación gastronómica á la simple altura de una medida higiénica.

Así que, obedeciendo á su tío, y conociendo que, en efecto, el picante con que estaba guisado el karik á la indiana, que acababa de comer, le había dejado cierto fuego en la garganta, trasladó el vino del vaso pequeño al

grande, llenó éste de agua fresca, y se lo bebió de un trago.

— ¡ Ah ! malvado, exclamó el general.

— ¿ Pues qué hay, tío ? preguntó Petrus casi asustado.

— Si el corsario de tu padre no hubiera hecho constantemente sus correrías por la Mancha, creería que había traído del Cabo un cargamento de vino de Constancia ó del mar Negro, una pacotilla de vino Tokay, y que tú habías sido criado con néctar.

— ¿ Y por qué es eso, tío ?

— ¡ Cómo, desgraciado ! te escancio un vaso de Haut-Laffitte del mismo que ha sido embotellado en las Tuilerias en 1812, el año del cometa ; del vino que vale doce francos la botella en mi cueva, pero que tibio y servido á punto no tiene precio, y bebes ese vino con agua. Frantz, trata de procurarte vino de Suresne y sacia con él á mi sobrino.

Después, con grande melancolía :

— Frantz, dijo el general, retén bien esto : el hombre bebe, el animal se harta.

— Excusadme, tío, dijo Petrus, estaba profundamente distraído.

— ¿ Sabes que es político eso que me estáis diciendo ?

— Es más que político, tío, es galante ; estaba distraído, porque pensaba en nuestra conversación de hace un momento.

— Lisonjero, dijo el general.

— No, palabra de honor, tío ; ¿ decíais pues ?...

— Ya no sé lo que decía ; sólo que como tenía hambre, es probable que dijera necedades.

— Decíais, tío, que había hecho mal en desertar del mundo.

— ¡ Ah ! sí ; porque, comprende bien esto, mi querido

hijo, el individuo tiene siempre necesidad del mundo, es decir, de la generalidad ; mientras que la generalidad, es decir, el mundo, nunca necesita del individuo.

— Eso tío, es una verdad incontestable.

— ¡ Ah ! eso no es una razón ; sólo las verdades incontestables han sido combatidas con encarnizamiento ; testigo Colón, á quien han disputado la existencia de la América ; Galileo, á quien han disputado el movimiento de la tierra ; Hervey, á quien se ha disputado la circulación de la sangre ; Jenner, á quien se ha disputado la vacuna ; y Fulton, á quien se ha disputado el vapor.

— Estáis prodigioso, tío, dijo Petrus con cierta admiración á la verbosidad de aquel espiritual anciano.

— Gracias, sobrino. Pues bien, te decía ó no te decía, que lo mismo da, puesto que te lo digo ahora, que te había presentado en casa de Mad. Lydia de Marandé, una de las más jóvenes, más lindas y más influentes mujeres de la época. Has estado allí, naturalmente, el día de tu presentación, has dejado tu tarjeta, y no has vuelto ; y es señora que recibe la mejor sociedad.

— ¡ Oh ! tío, decid la más mala ; recibe á todo el mundo ; se diría que es un salón de ministro.

— Mi querido sobrino, he hablado mucho tiempo de tí con Mad. de Marandé ; te ha encontrado de figura agradable ; pero no le gusta por tu porte.

— ¿ Queréis que os dé una idea del gusto de Mad. de Marandé ?

— ¡ Dámela.

— Su marido había comprado la *Locusta*, de Sigellón, una obra maestra, y ella no estuvo tranquila hasta que no se la devolvió al autor, bajo pretexto de que no era una cosa agradable á la vista.